RESEÑAS

OSWALD DUCROT y TZVETAN TODOROV, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Trad. E. Pezzoni. Siglo XXI, Buenos Aires, 1974; 421 pp.

El título de la obra no da cuenta totalmente de su propósito ambicioso. En la obra hay, por supuesto, características de diccionario y de enciclopedia: por un lado está organizada de acuerdo con cortes conceptuales, ya que la forman unos cincuenta artículos cada uno dedicados a un gran tema, artículos que a su vez remiten constantemente unos a otros; por otro lado, un índice de más o menos ochocientos términos permite al lector encontrar otras tantas definiciones incorporadas al texto de los artículos. Pero a esas dos lecturas se agrega una tercera. Los artículos no están ordenados según el azar del orden alfabético: distribuidos en cuatro partes, siguen, en realidad, un orden analítico o cronológico como en el caso de la primera (que trata de las escuelas lingüísticas y examina sucesivamente las gramáticas generales, la lingüística histórica en el siglo XXI, la escuela de Saussure, la glosemática, el funcionalismo, el distribucionalismo y la lingüística generativa). La segunda sección da una idea de las disciplinas cuyo campo es el lenguaje: primero la descripción misma de las lenguas, después la geolingüística, la sociolingüística y la psicolingüística y, finalmente, la retórica, la estilística, la poética, la semiótica y la filosofía del lenguaje. Sigue una parte en donde se tratan conceptos metodológicos que van de lo fundamental (el signo), a lo derivado (la sincronía y la diacronía), pasando por el sintagma y el paradigma, las categorías lingüísticas, la lengua y el habla, la norma, la arbitrariedad del signo; hay dos artículos sobre nociones particulares de la ciencia literaria (la de historia de la literatura y la de género literario), y otros dos que pertenecen a la psicolingüística (la adquisición del lenguaje y la patología del lenguaje). La cuarta y última sección, que trata de los conceptos descriptivos, va de lo simple a lo complejo, y de esta manera examina las unidades no significativas, la prosodia lingüística, la versificación, la escritura, las unidades significativas, las partes del discurso, las funciones sintácticas, el motivo, el personaje, las reglas generativas, las estructuras superficiales y las estructuras profundas, la referencia, la tipología de los efectos de sentido, el discurso, la combinatoria semántica, las figuras, las relaciones semánticas entre

las frases, las transformaciones discursivas, el texto, el estilo, el tiempo y la modalidad en la lengua, el tiempo del discurso, la enunciación, la visión en la ficción, la situación del discurso, el lenguaje y la acción. Pido perdón al lector por esta enumeración, pero con ella intento dar una idea inicial del contenido de esta obra y, sobre todo, quiero mostrar que su organización permite una lectura lineal y que, por lo tanto, este "diccionario enciclopédico" es también, en cierta forma, un manual.

Aunque peca por modestia —y qué mejor— el título también peca algo por exceso. Por cierto, encierra una restricción, y muy justificada: la palabra *lenguaje* se encuentra en singular y por lo tanto no designa sino las lenguas naturales, excluyendo lo que ciertas metáforas imprecisas ("lenguaje de las flores", "lenguajes documentales") han tratado de calificar como lenguajes; pero el título no alude a otras dos decisiones que es necesario señalar para que se pueda apreciar tanto la originalidad como la limitación de la obra emprendida por Ducrot y Todorov.

La primera de estas decisiones —explícita en la introducción— consiste en que se ha escogido la perspectiva semántica en detrimento del problema de la expresión fónica. No tengo reproches por lo que se refiere a la parte lingüística propiamente dicha, ya que lo esencial de la fonología clásica, en todas sus peripecias, hasta la fonología generativa, está ahí y está muy bien explicado. Cuando mucho se podría lamentar que el artículo dedicado a la prosodia lingüística (a cargo de un especialista), aunque es excelente cuando expone las tesis funcionalistas, se vuelve un poco confuso en la parte generativa; además, ciertos ejemplos que ilustran otros problemas son un poco imprecisos y a veces algo inexactos (por ejemplo, se dice de paso, en la p. 168, que el rhotacismo afectó, en el latín, a todas las *s* intervocálicas, cuando en realidad parece que era necesario que ese fonema estuviera además colocado frente al límite de un morfema. Se nos dice, en la p. 202, que en francés ningún signo se distingue de *dit* por ausencia de sonoridad en la consonante inicial, lo cual es cierto sólo en el francés culto: la lengua popular ha creado una partícula interrogativa que se pronuncia [ti] [cf. *tu viens-ti?*]. Se dice también, p. 237, que las formas *peux* y *puis* del presente del verbo *pouvoir* son siempre intercambiables, lo que es falso para la segunda persona [no se dice **tu puis*], y sólo parcialmente verdadero para la primera: en la forma interrogativa es difícil encontrar **qu'y peux-je?* o **peux-je me permettre?*). Pero, como se puede ver, no son sino detalles que no afectan de ninguna manera el rigor de las demostraciones. En cambio, el artículo sobre la versificación no llena las expectativas del lector. Por supuesto, resume las tesis de Jakobson: era lo de menos. ¿Pero, qué utilidad tenía presentar al mismo tiempo las listas de definiciones prelingüísticas (en especial la de las rimas) que se pueden encontrar en cualquier manual de versificación francesa? (Además, el traductor, en esta parte, ha titubeado entre la traducción y la adaptación, lo que produce una curiosa mezcla). ¿No se hubiera podido, en cambio, en vista de que a las tesis generativas se dedican en toda la obra exposiciones

sistemáticas, hacer algo más que una alusión a investigaciones tales como las de M. Halle y S. Keyser?

La otra decisión que tomaron los autores ha sido la de no colocar en un mismo plano de igualdad a todas las ciencias del lenguaje. Nada más normal que sea la descripción lingüística propiamente dicha la que se lleva la mejor tajada. Pero ya en las enumeraciones del principio se pudo ver que el segundo lugar lo ocupa la "ciencia" de la literatura, y que ésta deja muy atrás a la psicolingüística (a cargo de un especialista) y sobre todo a la sociolingüística y a la dialectología. En lo que se refiere a los problemas de la encuesta lingüística, éstos simplemente no se mencionan.

Esta decisión se incluye dentro de la tradición europea: en ella la lingüística se consideró mucho tiempo la hija y sirviente de la filología, y se situaba a la misma altura que los estudios literarios. Pero se creía que su independencia se había ya consumado. ¿Hay acaso razones de peso para regresar ahora a la situación anterior? No es fácil responder esta pregunta, pero cuando se lee este diccionario teniéndola en mente, se llega a discernir cierta heterogeneidad.

No me detendré aquí en el apéndice final (que nada en el transcurso del libro anuncia), en el cual François Wahl resume brillantemente, en unas cuantas páginas (388-407), el pensamiento de J. Derrida, J. Lacan y J. Kristeva: podemos entender que sus destellos atenten quizá contra la metafísica occidental, pero lo que no vemos son las consecuencias prácticas que esos destellos pueden tener en la descripción de las lenguas.

Lo que me ha extrañado es cierta desigualdad bastante clara en la forma de presentar los artículos. En aquellos que dedica a la lingüística, Ducrot emplea sobre todo el análisis de conceptos en donde abundan notas (para precisar tal o cual inflexión en el pensamiento de un autor, o para advertir sobre una posible interpretación equivocada), y ejemplos concretos que ayudan a la comprensión de las explicaciones y que completan también las bibliografías sucintas, pero muy cuidadas, las cuales remiten al lector a los textos fundamentales. Todorov, quien se encargó de la parte literaria, abunda por el contrario en enumeraciones (cf. pp. 225-226, la lista de rimas de la que ya hablamos; pp. 318-320, la enumeración de las figuras de estilo; pp. 333-336, el catálogo de las transformaciones discursivas; pp. 341-343, la clasificación de las intrigas), las citas son mucho más numerosas que los ejemplos y las bibliografías son más amplias.

Por regla general, el primero parece simpatizar con todas las doctrinas que expone y no hace objeciones sin antes señalar el alcance de cada una de ellas, con un evidente deseo de mostrar cómo ha sido tratado tal o cual concepto. El segundo, aunque no se le pueda acusar de infidelidad, no se adentra en las teorías que expone (cf. pp. 95-97, la crítica de la retórica y de la estilística clásicas; pp. 110-112, la de la semiótica), y se extiende mucho más en las posibilidades futuras. Podríamos atribuir estas diferencias a que el temperamento y la formación de "un filósofo" y un "literato" son distintos. Podríamos señalar también,

y con razón, que textos con temas diferentes deben tener modos de exposición diferentes: se pueden dar ejemplos de fonemas o de frases, pero sólo se puede hacer alusión a un soneto o a una novela. Finalmente, se puede recurrir, como los autores mismos lo hacen, al desarrollo desigual de las dos disciplinas: a diferencia de la lingüística, la poética no parece haber superado el nivel de las taxonomías, a pesar de los esfuerzos del propio Todorov en ese sentido. Pero esa última observación hace que nos preguntemos de nuevo (con otras palabras) si el proyecto de presentar estas dos ciencias del lenguaje en una misma obra no encerraba desde un principio ciertas contradicciones.

Para decirlo con mayor precisión: no estoy seguro de que la idea de los estudiosos de la poética de elaborar una ciencia autónoma, al mismo tiempo contigua y semejante a la lingüística, sea compatible con el crecimiento constante de ésta. Permítaseme aquí dos observaciones para precisar mi argumento.

La primera se refiere al objeto mismo de la poética. Todorov observa muy lúcidamente (p. 98) que esta ciencia, para existir, al menos como él la concibe, tiene que reducir a la literatura a una "entidad interna y teórica" (la otra posibilidad que plantea —la de demostrar que una entidad como ésa no existe— es contradictoria, ya que la finalidad de una ciencia no puede ser la de demostrar la inexistencia de su objeto). Ahora bien, en el diccionario no encontramos ningún intento en ese sentido: no existe ningún artículo llamado "literatura", paralelo a los artículos "lengua y habla". Y teniendo en cuenta la omnipresencia, en distintos niveles, de la función poética (en el sentido que Jakobson le da al término) en los enunciados menos "literarios", es dudoso que por este camino la investigación pueda llegar muy lejos sin recurrir a la sociología para definir la literatura. Se argumentará, quizás, que es necesario ampliar el concepto de literatura, y entonces la noción central de la poética sería la noción de *texto*, a la cual sí se le dedica todo un artículo (pp. 337-347). Pero, y éste es el punto clave, muy pronto se ve que Todorov no puede elaborar esta noción sino delimitando arbitrariamente el campo de la lingüística, la cual reduciría "el objeto de su investigación a la frase", y la cual, en el caso de rebasar este límite, debería interesarse entonces en los problemas del párrafo (mientras el texto se definiría "por su *autonomía* y su *clausura*"). Esta delimitación se opone tan claramente al desarrollo de la lingüística tal y como lo entiende Ducrot, que uno no puede dejar de preguntarse si la poética no ocupa provisionalmente un terreno destinado a una lingüística del texto: el artículo dedicado a las relaciones semánticas entre las frases prueba con suficiente claridad que la lingüística ya no puede contentarse con el límite de la frase y que la unidad superior a ésta deberá ser, en efecto "autónoma y cerrada" en cierta forma.

Por supuesto, se puede sostener que es la lingüística la que se equivoca al rebasar el límite de la frase. Pero es aquí donde queremos hacer nuestra segunda observación: esta poética, que reivindica tan insistentemente su derecho a la autonomía, quiere, al mismo tiempo, crear

sus instrumentos en base al modelo de los instrumentos de la lingüística, ya que "existe una relación auténtica que une categorías lingüísticas y categorías discursivas" (p. 11). Ahora bien, interroguémonos sobre esta relación tomando algunos ejemplos, comenzando por el de los "actantes" de A. Greimas, presentados en la p. 263. Ahí se nos recuerda que el término procede de Tesnière, pero que se le ha modificado considerablemente el sentido: de apoyo de una función sintáctica en Tesnière, el actante ha pasado a ser en Greimas el apoyo de una función semántica. A primera vista, un ejemplo como éste justifica totalmente la idea de una relación "auténtica" (que no es de identidad) entre la lingüística y la poética. Sin embargo, desde la publicación de *Semántica estructural*, la lingüística ha avanzado: gracias a Ch. Fillmore, a J. Gruber, a R. Jackendoff y a N. Chomsky, la lingüística ha reconocido la necesidad de utilizar la noción de función semántica para poder describir el sentido de las frases (noción que se relacionaría con la función sintáctica, poco importa aquí de qué forma). Así pues, la comparación que se impondría en este punto no comprende ya funciones sintácticas por un lado y funciones semánticas por el otro, sino dos series de funciones semánticas. Y si una de ellas resulta ser superflua, hay bastantes probabilidades de que no sea la de los lingüistas.

Se puede aplicar el mismo razonamiento a la división de la clase de predicados en predicados estáticos y predicados dinámicos, de la cual Todorov nos dice que "hace explícita la oposición gramatical entre adjetivo y verbo" (p. 255). No sería muy difícil demostrar que existen predicados adjetivales dinámicos y predicados verbales estáticos, como lo ha hecho G. Lakoff con el inglés. La oposición estático/dinámico no es pues solamente la elaboración, por parte de la poética, de una oposición lingüística; se trata también, sin duda alguna, de una oposición lingüística. O más bien: ¿no es acaso sólo una oposición lingüística?

En lo que se refiere a "las transformaciones discursivas", a las cuales se dedica un artículo completo (pp. 331-336), no queda muy claro lo que las distingue de las transformaciones según Z. Harris o según la semántica generativa. De esta manera uno se ve obligado a preguntarse no sólo si el objeto de la poética es distinto del de la lingüística, sino también si los dos tipos de investigación no utilizan de hecho los mismos conceptos. Y si éste fuera el caso ¿entonces qué las distinguiría?

Estos problemas de límites que cuestionan la coexistencia misma de las dos disciplinas deberían haber sido por lo menos señalados: al restablecer contacto con la filología ¿no habrán restablecido contacto los autores, aunque con distinta perspectiva, con las contradicciones que caracterizan a esta venerable disciplina?

Una vez planteadas estas reservas (si es que son reservas, ya que si por un lado me hubiera gustado encontrar más convergencia en las dos perspectivas, por el otro, hay que reconocer también que no está nada mal que una enciclopedia contenga las divergencias entre las ciencias que trata), el sentido de justicia me dice que debo dar cuenta de las satisfacciones que me ha proporcionado la lectura de esta enciclopedia.

A falta de espacio, debo contentarme con una enumeración sucinta e incompleta.

Me ha parecido excelente la claridad y el vigor de la exposición histórica de las doctrinas. Sobre todo, veo gustosamente que hayan elegido las gramáticas generales como punto de partida: éstas se encuentran en el centro de las preocupaciones de muchos lingüistas de todas las tendencias, y no hubiera bastado con sólo hacer alusión a ellas. En el otro extremo, aunque la gramática generativa ha sido tratada sin ninguna complacencia, tampoco hay ninguna hostilidad de principio; además, está expuesta con la suficiente precisión y rigor para que el principiante tenga una idea precisa de ella.

He admirado también la seguridad con que fueron analizados ciertos principios metodológicos o descriptivos: cualquier lector enterado constatará que es muy difícil, en tan pocas páginas, definir mejor la oposición lengua/habla además de sus avatares o subrayar mejor su función epistemológica. También constatará que es muy difícil aclarar mejor, en el estado actual de las investigaciones, los conceptos de tiempo, de aspecto y de modo: el haber recurrido a los trabajos de los lógicos (en especial a los de Frege), hecho bastante nuevo en la lingüística, muestra en este caso, como en muchos otros, su utilidad e incluso su necesidad.

En lo que concierne a la poética, debemos agradecer los resúmenes de los trabajos cuya lengua los vuelve de difícil acceso y las proposiciones de perspectivas que hacen reflexionar verdaderamente.

Pero lo que tenemos que subrayar por encima de todo, ya que la primera parte de la reseña podría sugerir lo contrario, es que la decisión expresa y deliberada de insistir en los problemas de la significación, lo que era deseable *a priori*, teniendo en cuenta que las discusiones sobre la semántica son el centro de la lingüística actual, resulta también ser *a posteriori* una feliz elección por la calidad y la originalidad de la reflexión que surge a propósito de estas discusiones. No dudo un instante en recomendar a todos, tanto a los principiantes como a los especialistas que deseen traspasar los límites de su especialidad, esta obra.

Para terminar digamos unas palabras sobre la traducción y la edición de la editorial Siglo XXI. Aunque haya pocas cosas que reprocharle a la primera, eso no quiere decir que no tenga ningún defecto: por ejemplo, Proust no es un "romancero" sino un *novelista*, p. 74; los árboles que corresponden a las gramáticas de Kleene no "son" una forma característica, *tienen* una forma característica (p. 268); la lingüística no "limita la frase al objeto de su investigación" sino más bien *limita el objeto de su investigación a la frase* (p. 337). Estos cuantos errores podrían haber sido subsanados por el esfuerzo constante y, con frecuencia, logrado que se hizo para adaptar el texto a los lectores de lengua española, sobre todo en los ejemplos y en la bibliografía, si este mismo esfuerzo no hubiera sido la fuente de otras imperfecciones. Tres cosas son las que lamentamos: 1) que ese esfuerzo de adaptación no sea totalmente constante; por ejemplo, era muy fácil sustituir "aller" por

"andar" como muestra de un morfema que puede manifestarse bajo la forma de diversos alomorfos (p. 237), y, si no me traiciona la memoria, *Mimesis* de E. Auerbach fue publicado al español por el Fondo de Cultura Económica (p. 303); 2) que los ejemplos que no tenían un equivalente directo no hayan sido acompañados siempre por una nota explicativa: sólo un lector que sepa francés podrá ver que hay un fenómeno de alternancia en el plural *chevaux* de *cheval* si no se presenta más que el primer término de la oposición (p. 32); además, es necesario saber que *Bérénice* es una tragedia y *Les plaideurs* una comedia (ambas de Racine) para sentir que las dos frases: "El autor de *Bérénice* no desdeñaba la comedia" y "El autor de *Les plaideurs* no desdeñaba la comedia" no poseen el mismo valor argumentativo (p. 330); 3) que las referencias bibliográficas de las traducciones de las obras citadas hayan, pura y simplemente, sustituido las referencias originales, en vista de que no era difícil conservar éstas al mismo tiempo que se mencionaba a las otras, lo que, por otro lado, hace casi siempre el texto francés.

En cuanto al trabajo de edición propiamente dicho, éste está muy lejos de ser perfecto. Le evitaremos al lector la lista de errores tipográficos de toda clase, particularmente frecuente en las palabras extranjeras, desparramados por todo el libro: aunque molestan, no dificultan la comprensión. Pero hay algo más grave: ciertas sustituciones (por ejemplo, "especial" por *espacial* (p. 74), "lingüística" por *sociología* (p. 81), "m/ñ" por *n/ñ* (p. 136), "reglas" por *lenguas* (p. 161), "s" por *ś* (p. 204) o "duda" por *nudo*, p. 270) llegan a alterar el razonamiento, y lamentar estos errores no es precisamente una muestra de purismo. Afortunadamente estas sustituciones no son muy numerosas. Admiramos finalmente el valor y la perseverancia que fueron necesarios para lograr un resultado tan honorable en la situación por la que atraviesa Argentina.

Así pues, tal y como está, el *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje* da una idea fiel y precisa de la lingüística europea y de las ciencias conexas en su tradición un poco contradictoria y en su actualidad.

MARC PLENAT

Université de Toulouse-Le Mirail.

ROBERTO A. GALVÁN y RICHARD V. TESCHNER, *El diccionario del español de Tejas (Spanish-English)*. Institute of Modern Languages, Maryland, 1975; vii + 102 pp.

Siempre hay que comenzar afirmando, para casos como el presente, que todo registro lexicográfico es útil por la cantidad y variedad de datos —aunque a veces pequeños y cuestionables— que aporta para el conocimiento del léxico de una lengua histórica. En este caso particular, *El diccionario del español de Tejas* constituye, además, un trabajo